

Infatigable defensor del patrimonio cultural que inició su labor al lado de personalidades como Eusebio Dávalos, Ignacio Bernal, José Villagrán y Francisco de la Maza, el legado del arquitecto Carlos Flores Marini (1937-2015) queda en los múltiples artículos de investigación y divulgación publicados en revistas académicas de México y diversos países, además de los 10 libros editados sobre temas de historia y conservación del patrimonio monumental. Asimismo en lo que fue su gran pasión: el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS), cuyo Comité Mexicano fundó con otros expertos mexicanos, y presidió entre 1991 y 1997, labor que le fue reconocida en 2011, siendo nombrado Miembro de Honor del ICOMOS Internacional. Lo recordamos en este número de *Hereditas*, con las emotivas palabras del arquitecto e historiador del arte Ramón Gutiérrez. (FV)

FORTIFICACIONES EN LAS ANTILLAS MAYORES Y EL GOLFO DE MÉXICO¹

CARLOS FLORES MARINI
ICOMOS (México)



Cuando se consolidaron los territorios conquistados en América, sus riquezas despertaron en los enemigos de España una acentuada codicia que creció por las narraciones fantasiosas de los primeros peninsulares al magnificar sus hallazgos, expectantes por el deseado El Dorado, idílico territorio cuya opulencia dejaría satisfechos a los más exigentes. La codicia se acrecentó aún más por las exóticas piezas llegadas del Nuevo Mundo y exaltadas por artistas de la época, tan conocidos como Alberto Durero. El oro empezó a fluir a España y, si bien el paraíso buscado nunca apareció, el volumen de los metales preciosos que las vetas de las minas americanas empezaron a aportar condujo a traducir esa codicia en vivo deseo de apoderarse de ellas. Para la segunda mitad del siglo XVI, el asalto a los barcos españoles y después a ciudades costeras hizo que la Corona española implementara un programa continental de defensa, cuyo principal objetivo era impedir el robo y al mismo tiempo dar seguridad a sus habitantes, concentrándose así, en forma esencial, en aquellos puertos tocados por la flota española, tanto a su arribo como a su retorno.

El enorme territorio americano dominado por los españoles facilitó el comercio continental y el cabotaje, así como la existencia de varios puertos estratégicos relacionados con las ciudades del interior, donde se beneficiaba el metal antes de ser convertido en lingotes para su transporte a España. Ello hizo que, inicialmente, la defensa de los territorios conquistados se enfocara a aquellos puertos tocados por la flota española cuyo destino final era Veracruz con escala en La Habana, así como el arribo a otros puertos como son San Juan de Puerto Rico, Cartagena y Portobelo en Panamá, todos ellos en un área que hoy conocemos

¹ UNESCO, *Fortificaciones del Caribe*, 2ª ed., Xalapa: Gobierno del Estado de Veracruz, 2003, pp. 22-30.

como Gran Caribe, la cual comprende los territorios que limitan el mar Caribe, desde la Guayana hasta San Agustín en la Florida, quedando incluido el Golfo de México y las ciudades costeras que bañan sus aguas.

Para el siglo XVIII varios cientos de fortificaciones, baterías y pequeñas defensas se levantaban en las grandes Antillas y los territorios continentales; las más importantes ciudades se fortificaron Santo Domingo, San Juan, La Habana. Veracruz, Cartagena y Campeche, aunque hoy sólo las dos últimas conservan gran parte de sus lienzos de muralla. El crecimiento de ambas ciudades hizo que se demolieran sectores hacia el lado de la tierra y hoy su amurallamiento hacia el mar ha perdido contacto con éste, al rellenarse para diferentes usos.

Otros sitios, como Santiago de Cuba y Portobelo en Panamá, desarrollaron complejos sistemas defensivos al cabo de un siglo de trabajos, aunque ello no impidió que fueran saqueados por piratas y filibusteros. Fortalezas aisladas, como San Marcos en la Florida o San Fernando en Omoa, Honduras, completaban el collar defensivo del Caribe del siglos XVIII, zona permanente de asalto y batallas. Existen en el área fortificaciones que obedecieron a otras causas como en el caso de Concepción de la Vega en República Dominicana, La Citadelle en Haití o el fuerte de San Carlos en Perote, México, que deben figurar, también, en cualquier catálogo de fortificaciones caribeñas.

El mencionado sistemas de fuertes, si bien poco efectivo en su momento, ha llegado a nuestros días como un ejemplo de defensa único en el mundo. Los restos visibles representan toda una enseñanza en el arte de construir edificios militares y de su perfeccionamiento a través del tiempo. Ello nos hace herederos de un bien patrimonial específico que hoy debemos conservar y restaurar. Ahí está el reto al que nos enfrentamos. A semejanza de nuestras construcciones prehispanicas las grandes fortifica-

**Para el siglo XVIII
varios cientos de
fortificaciones,
baterías y
pequeñas defensas
se levantaban en
las grandes
Antillas y los
territorios
continentales;...**

Fortaleza Ozama
(Santo Domingo,
República
Dominicana).
© DPM.

Varias son las causas que nos llevan a integrar nuestro pasado monumental al mundo contemporáneo

ciones del pasado carecen, casi en su totalidad, de un uso práctico. Su valor patrimonial se inscribe en sus características constructivas y de diseño con particularidades que difícilmente podrían adaptarse al mundo contemporáneo. ¿Cómo debemos conservarlas? ¿Cómo mudos vigilantes de su bélico pasado, o como activos interlocutores de su presente hacia su futuro?

Varias son las causas que nos llevan a integrar nuestro pasado monumental al mundo contemporáneo. A nuestro juicio las más importantes son aquellas a las que, independientemente de criterios y tendencias, hay que buscarles un uso para conservarlas, Palabras muy claras pero que no deben desorientarnos en cuanto a entender por ello que el arte de conservar el patrimonio se adquieren conclusiones especiales del antiguo concepto de monumento o no en el mundo contemporáneo. Hemos llegado a entender que, por el simple hecho de su permanencia, todo bien patrimonial está vivo; la diferencia estriba en el uso que se hace de él.

Castillo de los Tres Reyes del Morro [La Habana, Cuba].
© DPM.



Si antes un monumento muerto era aquel que pertenecía a pretéritas civilizaciones sin continuidad en el mundo de hoy —por ejemplo, las culturas prehispánicas—, actualmente no podemos decir lo mismo de los presentes modelos civilizatorios. Su vigencia no ha cambiado pero si su significado y su simbolismo, puesto que el desarrollo de las culturas las ha dotado de valores diferentes a los que les dieron vida, por ser portadores de un mensaje que hoy nos es dado entender. Su razón de ser es su origen. Para ello contamos con una perspectiva histórica que nos permite estudiar tanto los usos y costumbres como los avances estilísticos, los cuales nos llevan a definir su forma real de uso, activo o pasivo.

En el caso de las fortificaciones de los dominios hispánicos en el área del Gran Caribe, hoy tenemos una imagen tan clara de cada una de ellas como nadie la tuvo en el siglo XVIII. Comunicaciones y adelantos tecnológicos nos permiten todo un conocimiento global de sus construcciones y la pesquisa en archivos ahonda en su proceso histórico. Ya dijimos que el conjunto de fortificaciones en el área del Caribe constituye un ejemplo único en el mundo. No podemos perder esta perspectiva para inscribirlas dentro de un claro itinerario cultural del siglo XX, sin desconocer, su valor dentro de las rutas náuticas que les dieron origen; por lo tanto se les debe asignar otro significado manteniendo su individualidad, pero exaltando su valor como conjunto. Es necesario estudiar sus condiciones actuales para localizar su medio físico, geográfico, urbano, etc. y en consecuencia, estudiar su uso. Reconocidas en su valor simbólico, algunas de ellas han sido restauradas, de otras sólo quedan huellas imperturbables que muestran el paso del tiempo. Aunado sus antecedentes históricos con el análisis morfológico de las piezas existentes adquirimos una idea global del monumento que complementaremos con las condiciones actuales, en cuanto



a su emplazamiento, interés y recursos, tanto tangibles como intangibles. El éxito de su futuro depende de la seriedad y profundidad con que lo hayamos analizado.

Su uso puede ir desde ser una representación de su antiguo esplendor con funciones didácticas, como es el caso del fuerte de San Marcos en la Florida, hasta ser una ruina tangible como la fortaleza de Araya en Venezuela, ruinas donde se amalgaman sus valores tangibles de historia y de lucha, tanto por el control y usufructo de las salinas como por el antagonismo entre holandeses y españoles. Al rehusarse los iberos a reconstruir algunas fortificaciones nos legaron un conjunto impresionante de ruinas consolidadas, sin semejarse a aquellas que el abandono y el olvido han venido desgranando en una paulatina pero constante pérdida de sus elementos constitutivos. Se cae una apollada puerta, se desgrana un viejo merlón, o la viguería de madera se viene abajo cayendo sus techos en un simbólico acto de abandono ante un pasado glorioso.

Tales instalaciones no pueden hoy encontrar una eficaz defensa contra las termitas y otros elementos del Caribe tropical, inundado también por la maleza, signo inequívoco de abandono y de su falta de uso como local militar.

Las fortificaciones de La Habana antigua continuaron su vida militar hasta fines del siglo XIX. Otras como El Morro de Puerto Rico, fueron utilizadas en su amenazante aspecto para que sobre ellas, los ocupantes² de épocas más recientes plantaran agresivas pasas de concreto armado, macizos búnkers artillados, que durante la Segunda Guerra Mundial defendieron las islas del Caribe.

Ante un panorama diverso en cuanto a objetivos, estados de conservación y enfoques hacia el futuro, las fortificaciones del Caribe presentan un variado espectro de posibilidades, casi siempre concluyendo que la única forma de preservarlas es su uso.

² El National Park Service, de EUA, controla las fortificaciones del Viejo San Juan.

Fuerte de San Felipe
de Barajas
(Cartagena de
Indias, Colombia).
© DPM.

**Ante un
panorama diverso
en cuanto a
objetivos, estados
de conservación y
enfoques hacia el
futuro, las
fortificaciones
del Caribe
presentan un
variado espectro
de posibilidades,...**

Fuerte San Cristóbal
(San Juan, Puerto Rico).
© DPM.



Con la premisa y los antecedentes conocidos, debemos cerrar filas, no sólo a la intemperancia de los conocedores de nuestra verdad material, sino a los soñadores de un pasado de grandeza, hoy inexistente, que piensan en batallas no ganadas y títulos no adquiridos. La lacerante verdad de nuestras sociedades caribeñas debe reconocer en sus verdades materiales no sólo un patrimonio sino también un recurso turístico. No nos arredremos ante el reto que el turismo representa, pues hoy es el principal soporte de muchas de las economías caribeñas. El desafío consiste en canalizar adecuadamente dicho recurso para que sus beneficios se utilicen en conservar y restaurar debidamente el patrimonio monumental caribeño. Tenemos que cambiar la dicotomía turismo-decadencia por turismo-beneficio. En la medida que nuestras políticas turísticas culturales respeten y se adecuen a una normatividad a cuanto a maneras de preservar y formas de reaprovechamiento, conseguiremos un mejor beneficio y subsistencia.

Aunque generalizar en el campo de la restauración siempre es riesgoso, los criterios actuales y las normas internacionales, como la *Carta de Venecia* y las *Normas de Quito*, señalan parámetros en los que debe moverse el criterio aplicado, lo que debe excluír, en forma definitiva, románticas reconstrucciones complementadas con aparatosos equipamientos, llevados a dar un enfoque, más que nostálgico, caricaturesco, de un estado ideal que en la mayoría de los casos jamás existió. Intervengamos los sistemas fortificados, siempre conscientes de lograr un fácil y claro juicio en el funcionamiento de sus elementos esenciales y de cómo deben ser presentados contemporáneamente. Tal estado de claridad no debe olvidar el uso contemporáneo que el visitante hará de él, dependiendo para ello de los componentes que existen en el mismo y el grado en que participe como turista, ya sea como museo de sitio, establecimiento de dependencias gubernamentales o mezcla de novedosos recursos museográficos,

**Tenemos que
cambiar la
dicotomía turismo-
decadencia por
turismo-beneficio.**

desde maniqués parlantes hasta realidades virtuales, etc., que deben calibrarse con enorme sensibilidad y siempre discretamente en apoyo al elemento fundamental, la fortificación o sistema fortificado.

El dónde, el cómo y el cuándo tienen mucho que ver con ello, pues sus parámetros son el calibrador de nuestras acciones. Intervenir sobre nuestro sistema fortificado, integrado a un núcleo poblacional, no puede ser igual a otro situado en un descampado. Su estado de conservación se fija hasta donde el restaurador puede llegar, incluso en los casos de arquitectura militar, donde la masa es predominante sobre el elaborado ornamento, si es que existe. Hasta donde se puede llegar tiene que ver con los valores puntuales de la estructura que se va a intervenir, teniendo en cuenta el grado de complejidad de su mantenimiento. Me viene a la mente San Fernando de

Omoa en Honduras, en contrapunto con San Marcos en la Florida.

Debe existir una amalgama indisociable entre la técnica y la sensibilidad. No debemos olvidar que cuando trabajamos en una estructura del pasado vemos sobre ella el paso del tiempo, lo que se demuestra desde acciones destructivas, como en el caso de Araya, hasta en cambios de su morfología, como en San Juan de Ulúa, ligados siempre a su azarosa participación en la vida comercial de los siglos XVII y XVIII. El vasto panorama que señalamos encontrará siempre excepciones, las que resolverá el especialista con juicio sereno y reposada sensibilidad, valorando sus resultados ante una permanente premisa relacionada con el establecimiento o su reforma, pues las acciones de más pueden hacer perder partes insustituibles del patrimonio monumental caribeño. ☆

***Debe existir
una amalgama
indisociable
entre la técnica
y la sensibilidad.***



Fuerte San Cristóbal
(San Juan, Puerto Rico).
© DPM.